

te había pasado el Real: y para le avisar lo que fuese mas necesario para su seguridad, y ofensa de los Enemigos. E como yo llegué á su Real, sin duda me espanté de lo mucho, que estaba metido en la Ciudad: y de los malos pasos, y Puentes, que les había ganado; y visto, no les imputé tanta culpa, como antes parecia tener, y platicado cerca, de lo que había de hacer, yo me bolví á nuestro Real aquel día.

Pasado esto, yo hice algunas entradas en la Ciudad por las partes que solía: y combatian los Bergantines, y Canoas por dos partes, y yo por la Ciudad por otras quatro, y siempre habíamos Victoria, y se mataba mucha Gente de los Contrarios, porque cada día venía Gente sin número en nuestro favor. E yo dilataba de meter mas adentro en la Ciudad; lo uno por si revocarían el propósito, y dureza, que los Contrarios tenían; y lo otro porque nuestra entrada no podía ser sin mucho peligro, porque ellos estaban muy juntos, y fuertes, y muy determinados de morir. Y como los Españoles veían tanta dilacion en esto, y que había mas de veinte días, que nunca dejaban de pelear: importunabanme en gran manera, como arriba hé dicho, que entrásemos, y tomásemos el Mercado, porque ganado, á los Enemigos les quedaba poco lugar, por donde se defender, y que si no se quisiessen dar, que de hambre, y sed se morirían, porque no tenían, que beber sino Agua salada de la Laguna. Y como yo me escusaba, el Tesorero de Vuestra Magestad me dijo: que todo el Real afirmaba aquello, y que lo debía de hacer; y á él, y á otras Personas de bien, que allí estaban, les respondí: que su propósito, y deseo era muy bueno: y yo lo deseaba mas que nadie; pero que yo lo dejaba de hacer, por lo que con importunacion me hacía decir: que era, que aunque él, y otras Personas lo hiciessen como buenos, como en aquello se ofrecía mucho peligro, habría otros que no lo hiciessen. Y al fin tanto me forzaron, que yo concedí, que se haría en este caso, lo que yo pudiesse: concertándose primero con la Gente de los otros Reales.

Otro

Otro día me junté con algunas Personas Principales de nuestro Real, y acordamos de hacer saber al Alguacil Mayor, y á Pedro de Albarado, como otro día siguiente habíamos de entrar en la Ciudad, y trabajar de llegar al Mercado; y escribíles lo que ellos habían de hacer por la otra parte de Tacuba, y demas de lo escribir, paraque mejor fuesen informados, embiéles dos Criados míos, paraque les avisassen de todo el negocio; y la orden, que habían de tener era, que el Alguacil Mayor se viniessen con diez de Caballo, y cien Peones, y quince Ballesteros, y Escopeteros al Real de Pedro de Albarado: y que en el suyo quedassen otros diez de Caballo, y que dejasse concertado con ellos, que otro día que había de ser el combate, se pudiesen en celada tras unas Casas, y que hiciessen alzar todo su fardaje, como que levantaban el Real, porque los de la Ciudad saliesen tras de ellos, y la celada les diessen en las espaldas. Y que el dicho Alguacil Mayor con los tres Bergantines, que tenían, y con los otros tres de Pedro de Albarado ganassen aquel paso malo, donde desbarataron á Pedro de Albarado, y diessen mucha priesa en lo cegar: y que pasassen adelante, y que en ninguna manera se alzasen, ni ganassen un paso, sin lo dejar primero ciego, y aderezado; y que si pudiesen sin mucho riesgo, y peligro ganar hasta el Mercado, que lo trabajassen mucho, porque yo había de hacer lo mismo: que mirassen, que aunque esto les embiaba á decir, no era para los obligar á ganar un paso solo, de que les pudiesse venir algun desbarato, ó desman; y esto les avisaba porque conocía de sus Personas, que habían de poner el rostro, donde yo les dijese, aunque supiesen perder las vidas. Despachados aquellos dos Criados míos con este recaudo, fueron al Real, y hallaron en él á los dichos Alguacil Mayor, y á Pedro de Albarado, á los cuales significaron todo el caso, segun que acá en nuestro Real lo teníamos concertado. E porque ellos habían de combatir por sola una parte, y yo por muchas; embiéles á decir, que me embiassen setenta, ú ochenta Hombres de Pie, para

YYY

ra

ra que otro día entrassen con migo: los quales con aquellos dos Criados míos vinieron aquella noche á dormir á nuestro Real, como yo les había embiado á mandar.

Dada la orden ya dicha, otro día despues de haber oydo Missa (1) salieron de nuestro Real los siete Bergantines con mas de tres mil Canoas de nuestros Amigos: y yo con veinte y cinco de Caballo, y con la Gente, que tenía, y los setenta Hombres de el Real de Tacuba seguimos nuestro Camino, y entramos en la Ciudad, á la qual llegados yo reparti la Gente de esta manera: había tres Calles dende lo que teníamos ganado; que iban á dar al Mercado, al qual los Indios llaman Tianguizco, (2) y á todo aquel sitio donde está, llamanle Tlatelulco; y la una de estas tres Calles era la principal, que iba á dicho Mercado: y por ella, dije al Tesorero, y Contador de Vuestra Magestad, que entrassen con setenta Hombres, y con mas de quince, ó veinte mil Amigos nuestros: y que en la Retroguarda llevassen siete, ú ocho de Caballo, y como fueren ganando las Puentes, y Albarradas, las fueren cegando; y llevaban una docena de Hombres con sus azadones, y mas nuestros Amigos, que eran, los que hacían al caso para el cegar de las Puentes. Las otras dos Calles van dende la Calle de Tacuba á dar al Mercado, y son mas angostas, y demas Calzadas, y Puentes, y Calles de Agua. Y por la mas ancha de ellas mandé á dos Capitanes, que entrassen con ochenta Hombres, y mas de diez mil Indios nuestros Amigos: y al principio de aquella Calle de Tacuba dejé dos Tiros gruesos con ocho de Caballo en guarda de ellos. E yo con otros ocho de Caballo, y con obra de cien Peones, en que había mas de veinte y cinco Ballesteros, y Escopeteros, y con infinito número de

(1) En el Campo, en una Calzada, entre Enemigos, trabajando día, y noche, nunca se omitía la Missa, para que toda la obra se atribuyesse á Dios, y mas en unos Meses, en que incomodan las Aguas de el Cielo; y encima del Agua la Habitaciones, ó malas Tiendas.

(2) Tianguiz se llama el Mercado: y el mayor era en la Plaza de Tlatelulco, que es donde está la Parroquia de Santiago, mas este hoy no se frequenta.

XXXI. Entra Cortés en la Ciudad, y en que modo dividió su Gente, y lo que le advirtió, estando peleando. Rotos los Españoles, se ve Cortés en gran peligro: y como salió de él, aunque herido. Españoles, e Indios, que murieron, y sacrificaron los Indios.

nuestros Amigos, seguí mi Camino, para entrar por la otra Calle angosta todo lo mas que pudiesse. E á la boca de ella hice detener á los de Caballo, y mandéles, que en ninguna manera pasassen de allí, ni viniessen tras mi sino se lo embiasse á mandar primero: y yo me apee, y llegamos á una Albarrada, que tenían de el cabo de una Puente, y con un Tiro pequeño de Campo, y con los Ballesteros, y Escopeteros se la ganamos, y pasamos adelante por una Calzada, que tenían rota por dos, ó tres partes. E demas de estos tres combates, que dábamos á los de la Ciudad, era tanta la Gente de nuestros Amigos, que por las Azoteas, y por otras partes les entraban, que no parecía, que había cosa, que nos pudiesse ofender. E como les ganamos aquellas dos Puentes, y Albarradas, y la Calzada los Españoles: nuestros Amigos siguieron por la Calle adelante sin se les amparar cosa ninguna, y yo me quedé con obra de veinte Españoles en una Isleta, que allí se hacía, porque veía, que ciertos Amigos nuestros andaban embueltos con los Enemigos: y algunas vezes los retrahían hasta los echar al Agua, y con nuestro favor rebolvían sobre ellos. E demas de esto guardábamos, que por ciertas traviesas de Calles los de la Ciudad no saliesse á tomar las espaldas á los Españoles, que habían seguido la Calle adelante, los quales en esta sazón me embieron á decir, que habían ganado mucho, y que no estaban muy lejos de la Plaza de el Mercado: que en todo caso querían pasar adelante, porque ya oían el combate, que el Alguacil Mayor, y Pedro de Albarado daban por su Estancia. E yo les embié á decir: que en ninguna manera diessen paso adelante, sin que primero las Puentes quedassen muy bien ciegas: de manera, que si tubiesse necesidad de se retraher, el Agua no les ficiessse estorbo, ni embarazo alguno, pues sabían, que en todo aquello estaba el peligro; y ellos me tornaron á decir, que todo lo que habían ganado estaba bien reparado, que fuesse allá, y lo vería si era así. Y yo con rezelo, que no se desmandassen, y dejassen ruin recaudo en el cegar de las Puentes

YYYz

fuy

fuy allá, y hallé, que habían pasado una quebrada de la Calle, que era de diez, ó doce pasos de ancho: y el Agua, que por ella pasaba era de hondura de mas de dos estados, y al tiempo que la pasaron habían echado en ella madera, y cañas de carrizo, y como pasaban pocos á pocos, y con tiento, no se había hundido la madera, y cañas: y ellos con el placer de la Victoria iban tan embebecidos, que pensaban, que quedaba muy fijo. E al punto, que yo llegué á aquella Puente de Agua cuytada, (1) vi que los Españoles, y muchos de nuestros Amigos venían puestos en muy gran huida: y los Enemigos como Perros, dando en ellos: y como yo vi tan gran desman comenzé á dar voces *Tener, tener*: y ya que yo estaba junto al Agua, halléla toda llena de Españoles, y Indios: y de manera, que no parecía que en ella obiesen echado una paja: é los Enemigos cargaron tanto, que matando en los Españoles, se echaban al Agua tras ellos: y ya por la Calle de el Agua venían Canoas de los Enemigos, y tomaban vivos los Españoles. E como el negocio fue tan de súbito, (2) y vi que mataban la Gente, determiné de me quedar allí, y morir peleando: y en lo que mas aprovechábamos yo, y los otros, que allí estaban conmigo, era en dar las manos á algunos tristes Españoles, que se ahogaban, para que saliesen afuera: y los unos salían heridos, y los otros medio ahogados, y otros sin Armas, y embiabalos que fuesen adelante: y ya en esto cargaba tanta Gente de los Enemigos, que á mi, y á otros doce, ó quince, que con migo estaban nos tenían por todas partes cercados. E como yo estaba muy metido en socorrer á los que se ahogaban, no miraba, ni me acordaba de el daño, que podía recibir: y ya me venían á asir ciertos Indios de los Enemigos: y me llevarán, si no fuera por un Capitan de cincuenta Hombres, que yo traía siempre con migo: y por un Mancebo de su Compañía, el qual después de Dios, me dió la vida: é por dar-

(1) Llama Cortés á la Puente cuytada, no á la Agua, que es lo mismo que decir, Puente de afficcion, ó miserable por las desgracias, ó cuytas, que sucedieron.

(2) De súbito, es lo mismo que de súbito, ó imprevisto.

darme, como valiente Hombre, perdió allí la suya. En este comedio (1) los Españoles, que salían desbaratados, iban se por aquella Calzada adelante: y como era pequeña, y angosta, y igual á la Agua, que los Perros la habían hecho así de industria, y iban por ella tambien desbaratados muchos de los nuestros Amigos, iba el Camino tan embarazado, y tardaban tanto en andar, que los Enemigos tenían lugar de llegar por el Agua de la una parte, y de la otra, y tomar, y matar quantos querian. Y aquel Capitan, que estaba con migo, que se dice Antonio de Quiñones, díjome: "Vamos de aqui, y salvemos vuestra Persona, ptes sabeis que sin ella ninguno de nosotros puede escapar: " y no podía acabar con migo, que me fuese de allí. Y como esto vió, asíome de los brazos, para que diésemos la vuelta: y aunque yo holgara mas con la muerte, que con la vida, (2) por importunacion de aquel Capitan, y de otros Compañeros que allí estaban, nos comenzamos á retraher, peleando con nuestras Espadas, y Rodclas con los Enemigos, que venían hiriendo en nosotros. Y en esto llega un Criado mio á caballo, y hizo algú poquito de lugar: pero luego dende una Azotea baja le dieron una lanzada por la garganta, que le hicieron dar la vuelta: y estando en este tan gran confuso, esperando que la Gente pasase por aquella Calzadilla á ponerse en salvo, y nosotros deteniendo los Enemigos, llegó un Mozo mio con un Caballo, para que cavalgasse: porque era tanto el lodo, que había en la Calzadilla, de los que entraban, y salían por el Agua, que no había persona que se pudiesse tener, mayormente con los empellones, que los unos á otros se daban, por salvarse. E yo cabalgué, pero no para pelear, porque allí era imposible podello hacer á caballo: porque si pudiera ser, antes de la Calzadilla, en una Isleta se habían hallado los ocho de Caballo, que yo había dejado, y no habían podido hacer menos de se volver por ella: y aun la vuelta era tan

(1) En este intermedio, como se ve en el texto, también se ve que los Españoles, que salían desbaratados, iban se por aquella Calzada adelante: y como era pequeña, y angosta, y igual á la Agua, que los Perros la habían hecho así de industria, y iban por ella tambien desbaratados muchos de los nuestros Amigos, iba el Camino tan embarazado, y tardaban tanto en andar, que los Enemigos tenían lugar de llegar por el Agua de la una parte, y de la otra, y tomar, y matar quantos querian.

(2) Los que minoran el mérito de la Conquista, reflexionen sobre lo que aquí expresa Cortés, pues fue tan grande el riesgo, que es maravilla, que se hubiese libertado de él.

tan peligrosa; que dos Yeguas, en que iban dos Criados míos, cayeron de aquella Calzadilla en el Agua. y la una mataron los Indios, y la otra salvaron unos Peones; y otro Mancebo, Criado mio, que se decía Christoval de Guzman, cabalgó en un Caballo, que allí en la Isleta le dieron, para me lo llevar, en que me pudiesse salvar, y á él, y al Caballo, antes que á mi llegasse, mataron los Enemigos: la muerte del qual puso á todo el Real en tanta tristeza, que hasta hoy está reciente el dolor de los que lo conocían. E ya con todos nuestros trabajos, plugo á Dios, que los que quedamos, salimos á la Calle de Tacuba, que era bien ancha; y recogida la Gente, yo, con nueve de Caballo, me quedé en la Retroguarda: y los Enemigos venían con tanta victoria, y orgullo, que no parecía sino que ninguno habían de dejar á vida; y retrayendome lo mejor que pude, embié á decir al Tesorero, y al Contador, que se retruxessen á la Plaza con mucho concierto: lo mismo embié á decir á los otros dos Capitanes, que habían entrado por la Calle, que iba al Mercado; y los unos, y los otros habían peleado valientemente, y ganado muchas Albarradas, y Puenres, que habían muy bien cegado; lo qual fue causa de no recibir daño al retraher. E antes que el Tesorero, y Contador se retruxessen, ya los de la Ciudad, por encima de una Albarrada, donde peleaban, les habían echado dos, ó tres cabezas de Christianos, aunque no supieron por entonces si eran de los del Real de Pedro de Alvarado, ó del nuestro. Y recogidos todos á la Plaza, cargaba por todas partes tanta Gente de los Enemigos sobre nosotros, que teníamos bien que hacer en los desviar: y por lugares, y partes, donde antes de este desbarato no osáran esperar á tres de Caballo, y á diez Peones; y incontinentemente, en una Torre alta de sus Idolos, que estaba allí junto á la Plaza, pusieron muchos perfumes, y saumerios de unas Gomas, que hay en esta Tierra, que parece mucho á Anime: (1) lo qual

(1) Son Gomas, Liquidambar, y gotas de Arboles muy olorosas, y hay tambien Anime, ó Anime Copal, así dicho del Mexicano Copalli, y Xochico, pal, que es como Estoraque.

ellos ofrecen á sus Idolos, en señal de victoria: y aunque quisiéramos mucho estorvarse, no se pudo hacer, porque ya la Gente á mas andar, se iban hacia el Real. En este desbarato mataron los Contrarios treinta y cinco, ó quarenta Españoles, y mas de mil ladios nuestros Amigos, y hirieron mas de veinte Christianos, y yo salí herido en una pierna: perdióse el Tiro pequeño de Campo, que habíamos llevado, y muchas Ballestas, y Escopetas, y Armas. Los de la Ciudad, luego que hubieron la victoria, por hacer desmayar al Alguacil Mayor, y Pedro de Alvarado, todos los Españoles vivos, y muertos que tomaron, los llevaron al (1) Tatabulco, que es el Mercado, y en unas Torres altas, que allí están, desnudos los sacrificaron, y abrieron por los pechos, y les sacaron los corazones para ofrecer á los Idolos: lo qual los Españoles del Real de Pedro de Alvarado pudieron ver bien de donde peleaban, y en los cuerpos desnudos, y blancos, que vieron sacrificar, conocieron que eran Christianos: y aunque por ello hubieron gran tristeza, y desmayo, se retraxeron á su Real, habiendo peleado aquel día muy bien, y ganado casi hasta el dicho Mercado: el qual aquel día se acabara de ganar, si Dios, por nuestros pecados, no permitiera tan gran desmayo: nosotros fuimos á nuestro Real con gran tristeza, algo mas temprano que los otros días nos solíamos retraher: y tambien porque nos decían, que los Bergantines eran perdidos, porque los de la Ciudad con las Canoas nos tomaban las espaldas, aunque plugo á Dios, que no fue así, puesto que los Bergantines, y las Canoas de nuestros Amigos se vieron en harto estrecho: y tanto, que un Bergantin se erró poco de perder, y hirieron al Capitan, y Maestre de él, y el Capitan murió desde á ocho dias. Aquel día, y la noche siguiente los de la Ciudad hacían muchos regocijos de Bocinas, y Atapales, que parecía que se hundían, y abrieron todas las Calles, y Puentes del Agua, como de antes las tenían, y llegaron á poner sus Fuegos, y Velas de

ZZZ

no

(1) Tatabulco.

noche a dos tiros de Ballesta de nuestro Real; y como todos salimos tan desbaratados, y heridos, y sin Armas, habia necesidad de descansar, y rehacernos. En este comedio los de la Ciudad tubieron lugar de embiar sus Mensajeros a muchas Provincias a ellos sujetos, a decir, como habian hablado mucha victoria, y muerto muchos Christianos, y que muy presto nos acabarian: que en ninguna manera tratasen Paz con nosotros; y la creencia que llevaban eran las dos cabezas de Caballos, que mataron, y otras algunas de los Christianos, las quales andubieron mostrando por donde a ellos parecia que conuenia, que fue mucha ocasion de poner en mas contumacia a los rebelados, que de antes: mas con todo, porque los de la Ciudad no tomassen mas orgullo, ni sintiessen nuestra flaqueza, cada dia algunos Espanoles de pie, y de caballo, con muchos de nuestros Amigos, iban a pelear a la Ciudad, aunque nunca podian ganar mas de algunas Puertes de la primera Calle, antes de llegar a la Plaza.

XXXII. Embia socorro Cortes a Cuernabaca, y logra Victoria. Admirable facción, que hizo el Señor Chechimbinatecle en un Asalto a Tezcuicatan.

Dende a dos dias del desbarato, que ya se sabia por toda la Comarca, los Naturales de una Poblacion, que se dice Quarnaguacar, (1) que eran sujetos a la Ciudad, y se habian dado por nuestros Amigos, vinieron al Real, y dijeronme, como los de la Poblacion de Marinalco (2) que eran sus Vecinos, les hacian mucho daño, y les destruian su Tierra, y que agora se juntaban con los de la Provincia de Cuisco, (3) que es grande, y querian venir sobre ellos a los matar, porque se habian dado por Vasallos de Vuestra Magestad, y nuestros Amigos: y que decian, que despues de ellos destruidos, habian de venir sobre nosotros; y aunque lo pasado era tan de poco tiempo acaecido, y teniamos necesidad antes de ser socorridos, que de dar socorro, porque ellos me lo pedian con mucha instancia, determiné de se lo dar; y aunque tube mucha contradiccion, y decian que me destruia en sacar Gente del Real, despache con

(1) Cuernabaca.  
(2) Malinalco.  
(3) Puede ser Huifuco.

con aquellos, que pedian socorro ochenta Peones, y diez de Caballo, con Andres de Tapia Capitan: al qual encomendé mucho, que ficiesse, lo que mas conuenia al Servicio de Vuestra Magestad, y nuestra seguridad, pues veia la necesidad, en que estabamos, y que en ir y volver no estubiese mas de diez dias; y él se partió, y llegado a una Poblacion pequena que está entre Marinalco, y Coadnoacad (1) halló a los Enemigos, que le estaban esperando: y él con la Gente de Coadnoacad, y con la que llevaba comenzó su Batalla en el Campo, y pelearon tambien los nuestros, que desbarataron los Enemigos, y en el alcance los siguieron fasta los meter en Marinalco: que está asentado en un Cerro muy alto, y donde los de Caballo no podian subir; y viendo esto, destruyeron lo que estaba en el Llano, y bolvieronse a nuestro Real con esta Victoria dentro de los diez dias; en lo alto de esta Poblacion de Marinalco hay muchas Fuentes de muy buena Agua, y es muy fresca cosa.

En tanto que este Capitan fue, y vino a este socorro, algunos Espanoles de Pie, y de Caballo, como he dicho, con nuestros Amigos entraban a pelear a la Ciudad fasta cerca de las Casas grandes, que estan en la Plaza: y de allí no podian pasar, porque los de la Ciudad tenian abierta la Calle de Agua, que está a la boca de la Plaza, y estaba muy honda, y ancha: y de la otra parte tenian una muy grande, y fuerte Albarrada, y allí peleaban los unos con los otros, fasta que la noche los despartió.

Un Señor de la Provincia de Tascaltecal, que se dice Chichimecatecle, de que atras he fecho Relacion, que trujo la Tablazon, que se hizo en aquella Provincia para los Bergantines, desde el principio de la Guerra residia con toda su Gente en el Real de Pedro de Albarado: y como via, que por el desbarato pasado los Espanoles, no peleaban como solian, determinó sin ellos

AAAA

(1) Entre Malinalco, y Cuernabaca.

de entrar él con su Gente á combatir los de la Ciudad, dejando quatrocientos Flecheros de los suyos á una Puente quitada de Agua bien peligrosa, que ganó á los de la Ciudad, lo qual nunca acaecía sin ayuda nuestra, pasó adelante con los suyos, y con mucha grita, apellidando, y nombrando á su Provincia, y Señor, pelearon aquel día muy reciamente, y obo de una parte, y otra muchos heridos, y muertos; y los de la Ciudad bien tenían creído, que los tenían asidos, porque como es Gente, que al retraher, aunque sea sin Victoria sigue con mucha determinacion, pensaron que al pasar del Agua, donde suele ser cierto el peligro, se habían de vengar muy bien de ellos. E para este efecto, y socorro Chichimecatecle había dejado junto al paso de el Agua los quatrocientos Flecheros: y como ya se venían retrayendo, los de la Ciudad cargaron sobre ellos muy de golpe, y los de Tascaltecal echaronse al Agua, y con el favor de los Flecheros pasaron; y los Enemigos, con la resistencia que en ellos fallaron, se quedaron, y aun bien espantados de la osadía, que había tenido Chichimecatecle. (1)

XXXIII. Cortés socorre á Matalcingo con Sandoval: vence, y se dan por súbditos los Señores, y los de Marinalco, y Guiscon.

Dende á dos días, que los Españoles vinieron de hacer Guerra á los de Marinalco, segun que Vuestra Magesta habrá visto en los Capítulos antes de este, llegaron á nuestro Real diez Indios de los Otumies, que eran Esclavos de los de la Ciudad: y como hé dicho, habiéndose dado por Vasallos de Vuestra Magestad, y cada día venían en nuestra ayuda á pelear; y dijeronme, como los Señores de la Provincia de Matalcingo, (2) que son sus Vecinos, les facían Guerra, y les destruían su Tierra, y les habían quemado un Pueblo, y llevados alguna Gente, y que venían destruyendo quanto podían, y con intencion de venir á nuestros Reales, y dar sobre nosotros, porque los de la Ciudad saliesen, y nos acabassen; y á lo mas de esto dimos crédito, porque de pocos

(1) Esta accion prueba, que en los Indios hay esfuerzo, y valor.

(2) Puede ser Temascalzingo.

cos días á aquella parte, cada vez que entrabamos á pelear, nos amenazaban con los de esta Provincia de Marinalco: de la qual, aunque no teniamos mucha noticia, bien sabiamos que era grande, y que estaba veinte, y dos leguas de nuestros Reales: y en la queja que estos Otumies nos daban de aquellos sus Vecinos, daban á entender, que los diessemos socorro, y aunque lo pedían en muy recio tiempo, confiando en el ayuda de Dios; y por quebrar algo las alas á los de la Ciudad, que cada día nos amenazaban con estos, y mostraban tener esperanza de ser de ellos socorridos: y este socorro de ninguna parte les podía venir, si de estos no, determiné de embiar allá á Gonzalo de Sandoval Alguacil Mayor con diez y ocho de Caballo, y cien Peones, en que había solo un Ballestero, el qual se partió con ellos, y con otra Gente de los Otumies nuestros Amigos: y Dios sabe el peligro, en que todos ellos iban, y aun el en que nosotros quedabamos; pero como nos convenía mostrar mas esfuerzo, y ánimo, que nunca, y morir peleando, disimulabamos nuestra flaqueza así con los Amigos como con los Enemigos; pero muchas, y muchas veces decían los Españoles, que plugiése á Dios, que con las vidas los dejassen, y se viesen vencedores contra los de la Ciudad, aunque en ella, ni en toda la Tierra, no obiesse otro interes, ni provecho, por dó se conocerá la aventura, y necesidad extrema, en que teniamos nuestras Personas, y vidas. El Alguacil Mayor fue aquel día á dormir á un Pueblo de los Otumies, que está frontero de Marinalco: y otro día muy de mañana se partió, y llegó á unas Estancias de los dichos Otumies, las quales halló sin Gente, y mucha parte de ellas quemadas: y llegando mas á lo Llano, junto á una Ribera halló mucha Gente de Guerra de los Enemigos, que habían acabado de quemar otro Pueblo: y como le vieron començaron á dar la vuelta, y por el Camino, que llevaban en pos de ellos, hallaban muchas cargas de Maiz, y de Niños asados, que trahían para su Provision, las quales ha-

AAAA2

bián